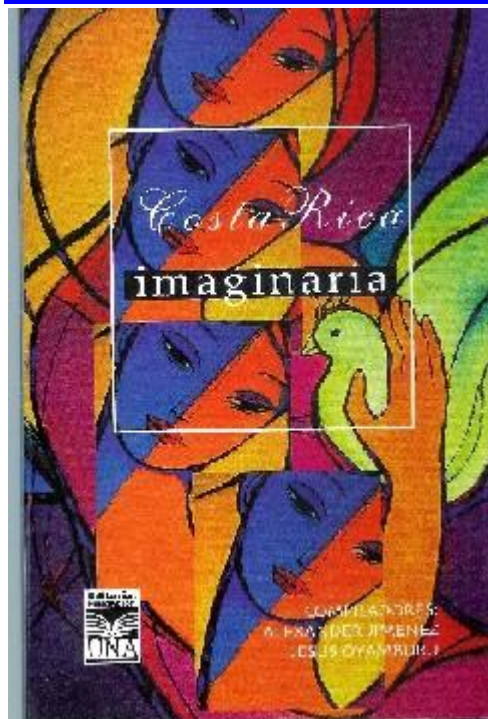


Entre puntos y rayas - Ignacio Dobles Oropeza (Costa Rica)



¿Qué son los territorios, qué son las fronteras? Evidentemente, algo más que puntos y rayas en un mapa que parece un telegrama, como cantara hace años [Soledad Bravo](#). Se mata, desde hace siglos, por estos puntos y rayas, que a la vez ayudan a definir lo que somos, o lo que creemos ser. Pero, ¿donde están esos territorios, esas fronteras? No están, de por sí, por obra divina, en los ríos o las montañas. Territorios y fronteras marcan diferencias, nos encierran en lo que reconocemos biográficamente similar a otros, nos separa de lo que consideramos diferente, y obviamente, esto no es solamente un asunto de nacionalidades: los territorios, las fronteras, las demarcaciones están también dentro de nosotros, y condicionan nuestras acciones...

En asuntos de territorios y fronteras, podemos considerar, como lo hizo un ex-presidente, que Costa Rica es víctima de un accidente geográfico, que le impidió tener vecinos que no merecía (accidente de los puntos y rayas), podríamos sentirnos, tal vez, más afín con los puntos y las rayas de Miami que con los maltrechos poblados. Podemos preguntarnos, asimismo, cuáles son las fronteras, los territorios que separan a barrios marginales en [Pavas](#) de Rohrmoser: en distancia un par de kilómetros, social y económicamente: distancias interplanetarias. Y podemos preguntarnos, ¿en qué nos identificamos, biográficamente, con esos habitantes de [Limón](#)- a quienes hace no demasiado tiempo se les limitaba en su posible desplazamiento en el territorio nacional, como se ha hecho en épocas más reciente con poblaciones indígenas-que de vez en cuando no aceptan la suerte del abandono y la pobreza, y deciden dedicarse, según nos dicen los medios de difusión con [tozuda](#) insistencia, al desorden y al caos?

La verdad sea dicha, esos puntos y rayas en los mapas, y esos territorios y fronteras que construimos, y que construyen todos los días, que no respetan

demarcaciones nacionales, coadyuvan a la conformación de identidades sociales, que nos sirven para identificarnos con unos y para separarnos de otros, también para antagonizarnos, y que como construcciones ideológicas que son también sirven para fomentar determinados intereses, son construcciones fácilmente instrumentalizables...En las dictaduras de la llamada “seguridad nacional”, recordemos, las doctrinas y actuaciones militares se definían ya no frente a las amenazas externas, sino frente al “enemigo interno”, a quienes se le negaba, por definición, todo atributo de ciudadanía y, no pocas veces, de humanidad.

Estas representaciones no requieren más que la confirmación del “sentido común”, de las conversaciones y las comunicaciones de todos los días, y se refuerzan y reproducen, por ejemplo, cada vez que ocurre un crimen violento y de inmediato se llega a la conclusión de que tenía que ser un “nica”.

Acuérdense del alivio generalizado entre sectores importantes de la ciudadanía cuando se supo, contrario a las informaciones iniciales, que los secuestradores de la Corte eran costarricenses y no colombianos. Por supuesto, ellos son los violentos, los que no saben resolver las cosas civilizadamente. No son “gente como uno”.

Las identidades sociales son representaciones construidas socialmente, abstracciones, ya que unifican en ciertos rasgos lo que en la realidad se caracteriza por la diversidad y la contradicción. Son abstracciones, pero que matan, como lo demuestran tantas confrontaciones religiosas, políticas, étnicas o nacionales. Estas identidades sociales, además de aprehenderse casi intuitivamente, suelen definirse no sólo por lo que se identifica en común con quienes se comparten biografías, siguiendo el pensamiento de Montero, sino también frente a otros u [Otros significantes](#). Sí otros con minúscula, ante los cuales nos sentimos superiores, ante los cuales afirmamos supuestas ventajas comparativas, y [Otros](#) con mayúscula, que definen situaciones de altercentrismo, en las cuales al contrario del [etnocentrismo](#), la verdad, el poder, lo deseable, está en el otro grupo y no en el propio.

En el ámbito de las mediciones empíricas sobre la autoimagen nacional, que se han venido desarrollando en la Psicología Social desde fines de los años 70, el caso costarricense resulta atípico.

Así, encontramos que las indagaciones realizadas en diversos países del continente nos señalan como una excepción, en tanto se presenta en los habitantes de nuestro territorio una autoimagen no minusválida, desfavorecida en relación con otros, sino más bien positiva. El único caso que se le parece es el de la autoimagen de los brasileños. Un “dechado de virtudes como encabezara el seminario Esta semana los resultados de un estudio que efectuaremos en 1989 y cuyos resultados han sido respaldados por indagaciones posteriores. Así, ¿cómo no?, los ticos nos consideramos pacíficos, generosos, buenos, alegres, cooperadores, conformistas, valientes, responsables, honrados, aunque también algo machistas (algún defecto hay que tener). Sin embargo, a pesar de esta aparente bonanza en bondades, vista más a fondo resulta una autorepresentación contradictoria, compleja, que revela varias dimensiones, no sólo la de que seamos “buena gente”.

Así, en otro esfuerzo investigativo llevado a cabo en 1989, medimos mediante escalas multidimensionales las atribuciones brindadas por empleados públicos y estudiantes universitarios a 12 nacionalidades. Luego analizaremos estos datos con procedimientos estadísticos multidimensionales, y llegamos a la conclusión de que se podían agrupar los datos en dos dimensiones: en una encontrábamos, claramente, a “estadounidense” y “soviético” (todavía existían, en ese entonces, esos puntos y esas rayas) en un polo, y al resto de las nacionalidades en el otro. Esto lo identificamos como una dimensión de poder.

En la otra dimensión, en el espacio multidimensional, encontrábamos dos extremos claros: “costarricense” en uno, “nicaragüenses” en el otro.

Nosotros: los buenos; los nicaragüenses: los malos. Este mismo tipo de estudio ha demostrado consistentemente que nos vemos como “mejores” que los nicaragüenses, pero a la vez nos vemos como menos activos y con menos poder.

Por supuesto que esta “superioridad” mezclada con “desamparo” resultaba sumamente potable en el marco de la lucha ideológica consustancial a la crisis regional de los años 80. Por cierto, que en estas dimensiones de “actividad” y “poder” en las cuales nuestra autoimagen parece rozar con la minusvalía, se tiende, según las mediciones, a caer precisamente en algunos de los estereotipos y rasgos asociados

con el comportamiento dependiente: la falta de iniciativa, la pereza, la indolencia, la vagabundería, la superstición, la carencia de una noción adecuada del tiempo...lo que termina siendo caldo de cultivo para algunas de esas afirmaciones de todos los días tipo “el problema con el tico es que no trabaja”, “si todo el mundo trabajara estaríamos mejor”, cuando la observación cotidiana desprejuiciada nos llevaría rápidamente a la conclusión de que la inmensa mayoría de los y las costarricenses trabajan, y bastante, aunque la plata cada vez alcance menos y las perspectiva de mejorías en la calidad de vida se alejen, con velocidad creciente, de las mayorías.

Se evidencia, según estos estudios, minusvalía en los planos de la actividad y el poder, aunque, como he dicho, la autopercepción tiende a ser, afectivamente, positiva. Esta autoatribución de una superioridad moral tiene su recompensa, o al menos así lo creemos, y no me refiero a la millonada de dólares que invirtió Estados Unidos en los años 80 en nuestra patria para contrarrestar la experiencia sandinista, para que sirviéramos de “vitrina”. No, me refiero a algo más permanente y sublime. Estamos protegidos frente a las desgracias. Así, comparto con ustedes una conversación que escuché recientemente en un bus de Sabanilla: el chofer le está contando a una señora que hay cantidad de muertes debido al Huracán César, la señora contesta de inmediato: ¿En Nicaragua?

Se presenta, entonces, una autodefinición colectiva benigna, aunque contradictoria y minusválida...En esta ecuación, claramente, los otros en minúscula, como ya se ha señalado en estas tertulias, son los otros centroamericanos, y en especial, los nicaragüenses. Cuando ocurrieron los lamentables hechos del 7 de agosto de 1995, que tanto dañaron internacionalmente la imagen del país, a mí me tocó directamente escuchar al subdirector del Centro de Información Policial indicar que los “provocadores” en la marcha de los educadores, que según su versión “causaron” los conocidos hechos de brutalidad policial, habían sido identificados como “nicaragüenses”. Cuando le preguntamos que cómo se llegó a esa conclusión, se nos dijo que por los videos y por los pañuelos que utilizaban. En la lógica policial, esa vez no uniformada, los teníamos entonces a ellos, los nicaragüenses, violentos e incivilizados, y a nosotros, los pacifistas y, supongo, civilizados.

En el contexto de la crisis regional de los años 80 y la difícil situación que se planteó en la región ante la disyuntiva de esfuerzos de pacificación y diálogo en contraste con salidas de fuerzas a las contradicciones planteadas, este esquema polarizado, rígido, constituía un sustrato psicosocial muy fértil para las posiciones que negaban posibilidades de interceder entre las partes para emprender negociaciones. Tan sólo hay que recordar el tratamiento que recibieron en nuestros medios de prensa los primeros esfuerzos tendientes a la negociación política como fueron el [grupo de Contadora](#) y el llamado [Grupo de Apoyo](#). Un estudio de los editoriales del Periódico La Nación en el periodo comprendido entre julio de 1986 y julio de 1987 muestra que, en su totalidad, los que hacen referencia a estos intentos negociadores los califican negativamente.

¿Y qué ocurre con el Otro, en mayúscula? En el estudio llevado a cabo en 1989 preguntamos a una muestra a nivel nacional, representativa, si se iría a vivir a los Estados Unidos si se presentara la oportunidad de hacerlo, un 39% indicó que sí. Por otro lado, cuando en un estudio llevado a cabo con estudiantes universitarios en 1992, les preguntamos a qué país se irían a vivir que no fuera Costa Rica, más del 54% indican que a los Estados Unidos. Le sigue, a una gran distancia, Francia, con un 28%. Al preguntar en qué país no se viviría, no nos sorprende, dada la discusión anterior, que más de un 58% indique que Nicaragua, seguida por Cuba, con un 25%.

Esto no es tan sólo un asunto de inclinaciones, de deseos. Un fenómeno muy poco estudiado en el país es la migración costarricense a Estados Unidos. Se ha llegado a decir que hay hasta 100,000 costarricenses en ese país, y una buena parte de esta población ha compartido, como ha escrito Miguel Salguero en **La Caza del Coyote**, la suerte de los “espada mojaditas” mexicanos o de otros países centroamericanos. En uno de estos trabajos, la psicóloga Marlen Montero ha analizado a fondo la realidad, contradictoria, desgarradora, de los generaleños, campesinos, que han dirigido a ese país en búsqueda del escurridizo “sueño americano”. Claro está, no estoy hablando, en su mayoría, de los que tienen apartamentos en Nueva York o en Miami, sino los que se sienten obligados, para tener lo que pregonaba nuestra sociedad de consumo o para resolver situaciones familiares o personales, a apostar a esta experiencia.

En el campesino generaleño, que gana en un mes lo que no gana como jornalero en un año, aunque sea con oficios como lavar platos, que nunca desempeñaría en su lugar de origen, que luego se arregla para extender su vivencia de desplazamientos familiares y amigos, ¿donde están los territorios y sus fronteras?, ¿Que hay, en esencia, de diferencia con el campesino o la campesina nicaragüense que ante el desempleo y [la pobreza, la carencia de oportunidades](#), cruzan a pie los puntos y rayas que separan a nuestro país y se ubican, con un pie en la esperanza, según creen, en situaciones de desventaja, desamparo, explotación y discriminación? En estos casos, los puntos y las rayas las borran la pobreza, el hambre, la esperanza de una vida mejor.

Tomado de "[Costa Rica Imaginaria](#)", de [Alexánder Jiménez](#)